

Cortázar, contagioso puente desde y hacia América Latina

...les gusta releer las cartas, mirarlas de un lado y de otro, parecen extraer un segundo sentido cada vez que vuelven a sacarlas y a mirarlas.

(El narrador, en *Cartas de mamá*, de Julio Cortázar.)

A la colega Nadia Lie, por su provocativo artículo en *Romaneske* (n° 4 del 2005)

¿Ha dicho “cartas”, el narrador en ese cuento de Cortázar? Nos topamos con un primer problema en la escritura de Julio Cortázar (1914-84): él rompe todos los moldes de género y así la “carta” y el “cuento” y la “novela” y otros posibles moldes se hacen trizas, en la producción del cómo y en la reconstrucción por parte del lector, para transformarse en una categoría superior: “arte con letras”. Pero además: “Para jugar y para querer se precisan por lo menos dos”, señala el autor (*Sur*, Buenos Aires, 182, 1949). Esta constituye entonces una invitación a compartir.

En *Las babas del diablo*, el narrador muerto (?) declaraba su libertad para re-velar su historia como él quería: “arrancar por esta punta, la de atrás, la del comienzo, que al fin y al cabo es la mejor de las puntas cuando se quiere contar algo”. Igual yo, como lector, reivindico mi derecho a des-velar el conjunto de la producción de Cortázar por la esquina que me parezca. El autor nació en Bruselas, casualidad en la vida que le pasó también a cantidad de otros extranjeros, pero por ejemplo también al hombre de letras y pensamiento Claude Levi-Strauss, sin mayor trascendencia. Sí, ya sé, cuestión de principio, más vale separar la realidad biográfica de un autor y el discurso, fantasioso o no, creado a puro golpe de palabra por él. Pero resulta que el argentino también vivió sus cuatro primeros años allí, por lo que se me antoja investigar la “presencia” de lo belga en su obra. Para escritores como Carlos Fuentes y Álvaro Mutis, he probado en otra parte que su estadía por este país europeo ha dejado una huella indeleble en su creación, indiscutiblemente latinoamericana por lo demás.

Sigo justificándome, en mi atrevimiento “esquinero”. No me consta si Cortázar ha vuelto a este pequeño país, pero el sello europeo en él es más que evidente. La mayoría de sus relatos parecen reflexiones propias de él, disfrazado de personaje, no solo por estar escritas en primera persona, un masculino casi siempre evidente. Cantidad de veces pareciera estar presente, en carne y hueso entonces, con su desarraigo, un nunca empezado exilio de Buenos Aires y, a partir de fines de 1951, la nunca terminada incorporación en París. De allí que por ejemplo el narrador y el personaje de “Luis”, en *Cartas de mamá*, visiblemente (“leíblemente” si me permiten) asume la función de “puente por donde era posible seguir pasando”, como evoca en la misma historia. Por eso a él (¿Luis Cortázar, le pondremos?), como creador le interesaba sobremanera este paso en la dirección “desde Europa”, hacia la realidad que había tenido que dejar, América Latina. Lo mismo, en sentido inverso, pasa en “Carta a unas señorita en París” donde el personaje parece regocijarse en la incomunicación: “y de

nuevo el deseo de preguntarme algo, pero yo silbando las variaciones sinfónicas de Franck, de manera que nones". ¿Un "detalle" esta referencia al compositor belga (que se nacionalizó francés)?

A nosotros, sus lectores o re-creadores (a mí en todo caso), puede interesar una perspectiva paralela y sistemática: en este caso desde Bélgica, intentar una (otra) lectura significativa de este pedazo de literatura del Cono Sur. Constituye la tensión "allá" - "acá" nunca suficientemente subrayada en Carpentier (otro, medio europeo, medio latinoamericano), en un entonces-ahora "con un mar de por medio" como señala el mismo cuento. ¿Dije "cuento"? pero como ha legado la hora del lector –no lo proclama solo Castellet– para mí también representa la verdad, solo que en dirección contraria a la de don Julio: nacido el suscrito por el lado europeo del charco y por circunstancias, no orteguianas sino pinochetianas, viviendo ya más de la mitad por el otro, siento igual tensión en las entrañas. Al contrario de "los nacionalistas de escarapela y banderita" (*Último round*, II, 201), también al receptor profundo mucho le importa la valoración contextual de la referencia y su grado de profundidad, contra los que todo lo han encontrado ya en signos exteriores y "evidentes".

En todo caso, en la obra de Cortázar no es raro encontrar otras resonancias belgas: en *Casa tomada*, por ejemplo, el narrador protagonista (casualmente también un "yo") enseña a ella, Irene, "el mérito de algún sello de Eupen y Malmédy", dos ciudades en la geografía del extremo este de un país del que, esta vez, me quiero acordar. Y pese a que el personaje a renglón seguido señala que "se puede vivir sin pensar", opino que la literatura, el arte en general, está precisamente para provocar interrogantes, no para contestarlas. A saber en qué tiempo se sitúa este relato y el por qué de este recordatorio filatélico. En otro relato, *Los venenos*, Lila "estaba de mi parte y le gustaban las estampillas de Europa". Y ahora a mí, lector, me siguen asaltando las preguntas. Ese "yo", ¿será el mismo de la primera alusión? y no importa cuál cuento es anterior, porque la producción total de Cortázar se me antoja como un tejido que puedo mirar y admirar al derecho y al revés.

A este genial autor me lo leo entonces a como él, en varias páginas describe al que se pone (¿o era que se saca?) un *pull over*, y me acuerdo de su sibilina sugerencia al inicio de *Rayuela*, de leer en un orden, en realidad aleatorio, más allá de la secuencia de las páginas. Observo rápidamente que entre tanta puntada, siempre cautivadora, por lo general es el eje del tiempo el que importa y este parece circular, más de una vez; en cambio poco pareciera interesar el espacio. Muchas veces, como en *La noche boca arriba*, el relato adquiere validez *anywhere IN the World*. Pero en otra cantidad de ocasiones prevalece el comentado eje Buenos Aires - París, con extensiones, como ese Montevideo de *Puerta clausurada* o en *El perseguidor*, dos menciones a Bélgica, por giras hechas allá de parte de Charlie Parker, el saxofonista real escondido detrás del personaje de Johnny Carter.

¿Será por aquello del *azar o la necesidad*, como señala un famoso título del biólogo Monod, que en *Rayuela* (de 1963) aparece más de una docena de llamadas de atención a una realidad geográfica al norte de Francia? En el capítulo 20 constan dos alusiones al "Quai de Jemmapes" (sic, por lo más moderno de Jemappes), son por supuesto en primera instancia referencias al mapa de París, pero resultan además evidentes reminiscencias a un pueblo en Bélgica, cerca de Mons, donde en 1790, Luis Felipe, futuro rey de Francia, libró una batalla.

En capítulo 28, un personaje menciona a “Gerard David, Van der Weiden (sic) [y] el Maestro de Flemalle” y confiesa que no sabía “por qué eran malditamente flamencos”. Páginas más abajo consta una alusión a Van Eyck y lo mismo en el capítulo 54. Flamenco en sentido histórico, ha de considerarse también el Meister Eckhardt referido al inicio del 70. Y “what’s in a name” puede preguntarse uno respecto de este Pauwels, apellido muy del norte de Bélgica, que figura en el capítulo 86. A saber el por qué, en un contexto real donde hasta en Colombia existe un aeropuerto con ese nombre. Para volver a los pintores flamencos, no podía faltar el gran Bosch (inicio del cap. 121). Terminan las alusiones en la citada “anti-novela”, con una mención de Bélgica dentro de un listado de países con “distribución de armas de guerra” (cap. 129), alusión velada a los fusiles “FAL” que tanto apetecieron los sandinistas que apreciaba Cortázar.

También en este tan argentino pero tan cosmopolita bote que no lleva a ninguna parte, me refiero a la novela *Los premios*, el segundo día de la travesía se compara un personaje femenino con “el arpa mujer de Jerónimo Bosch, en suma otra guitarra antepasada”: nueva referencia al pintor tan flamenco tan universal como contemporáneo. No es de extrañar, porque aquello de Cortázar: “no hago diferencia entre lo real y lo fantástico. Para mí, lo fantástico procede siempre de lo cotidiano”, constituye una frase que bien puede haber dicho mi amigo flamenco antes del argentino. Pero eso no es todo, en cuanto a curiosas interferencias. En esta delicia que se llama *Historias de Cronopios y de Famas*, no más empezando, el narrador-escritor dos veces evoca “enfrente (...) el Hotel de Belgique”. Poco más abajo, dentro de las legendarias “instrucciones” se menciona a “Rubens el Viejo”, posible confusión con Brueghel...

Claro, para leer y saborear a Cortázar, más vale manejar un tanto el inglés y más todavía, el francés, la lengua, la literatura y la historia que hay detrás de este vehículo de comunicación también de casi la mitad de los belgas. A no dudarlo, este hispanohablante rioplatense esconde un ciudadano del mundo. Al inicio del capítulo 26 de *Rayuela* señala: “Paris es una enorme metáfora” y no es para menos. Pese a todas las referencias inmediatas, como el *leitmotiv* de las calles y avenidas dadas en francés, nadie va a acusar al autor ni de localista parisino ni de alienado bonaerense. De hecho, lo mismo se podría decir de la continua mención del ajedrez urbano por el Río de la Plata, por ejemplo en *Los Premios*. Allí, en el capítulo intercalado “F”, la voz reflexiva *en off* exclama: “Argentina mía allá en el fondo de este telón fosforescente”. De manera que lo que nos puede seguir apasionando no es la mención de tal o cual cuadrante a uno u otro lado del Atlántico, sino la continua tensión entre ambos polos. En cuanto a las referencias propiamente “belgas”, en toda la producción de Cortázar, son como la sal: poquito, no demasiado, cuestión de sabor universal apropiado, *mise en scène*, más que esencia, que a no dudarlo, es de profunda raíz hispana con colosal injerto italiano.

Dios me libre de chauvinismo, estrecho de mente y de corazón, más en esta hora global. Pero resulta curioso confrontar cómo en los creadores interactúan la estructura de ADN y el entorno biográfico y político: Margarita Yourcenar y Julio Cortázar, nacidos ambos en la cuna belga. He demostrado en otra parte, cómo en el primer caso se puede perfectamente dar una lectura “flamenca” de grandes partes de su obra, por ejemplo *Archives du Nord*, a partir de cantidad de incidencias personales, en relación con “le plat pays qui est le mien”. Ahora bien, todo el hermoso andamio lingüístico de la novela *Opus nigrum* de Yourcenar, obra impreg-

nada de Flandes hasta la médula, pero en un francés magistral, ha sido traducido por Julio Cortázar, un hombre que también manejaba a la perfección (si se pudiera) ese idioma. Y en ambos autores aflora a cada rato la reflexión por su herramienta, la neblina del lenguaje y su construcción, la obra de arte.

Ahora viene un atrevimiento. En el mundo de lo fantástico existe cada laberinto subterráneo con pasillos universales y cuya etapa superior es el “cielo”, la última etapa para los bienaventurados que logran llegar allá, en la *Rayuela*, la del juego infantil y la novela. Tengo para mí que el mundo sobre-real que hilvana el amigo Cortázar, no solo se inspira directamente con su coterráneo y casi contemporáneo Jorge Luis Borges, sino también con ese Bosco flamenco ya apuntado, pero evoco dos pistas más: una, pictórica, que es René Magritte (1898-1967) a quien alude el epígrafe de *Ahí, pero dónde cómo*, con aquella famosa aseveración de “eso no es una pipa”. La otra pista refiere al escritor, belga también, fantástico en todos los sentidos, Jean Ray (1887-1964): investigadores incrédulos, ¡favor abstenerse! En cambio, ustedes los bienaventurados en creerme: ¡adelante y a zambullirse en esas aguas subterráneas! Con esos elementos de “viento norte”, construye una argentinidad profunda, en efecto: “el poncho te lo dejo, folklorista infeliz” (*La vuelta al día en ochenta mundos*, 195 y 198). El arte es universal, *le reste est littérature*.

Hasta aquí este divertimento, al cual el “cronopio” de Cortázar no dudaría de contestar: “todo se encadena perfectamente si a uno se le da realmente la gana. Lo único falso es el análisis” (*Rayuela*, cap. 41). Correcto, pero por lo menos queda una motivación más para el ávido lector...

Víctor Valembois